

Más allá de Ucrania: el realineamiento de Riad

Renan Guevara

Candidato a Doctorado en Estudios Estratégicos

22 de febrero 2025

La reunión en Riad no tenía como objetivo resolver la crisis en Ucrania; más bien, reflejaba una disputa más profunda sobre la reconfiguración del poder global y el orden económico. Desde el inicio, los reveses militares de Ucrania eran previsible, pues ningún análisis serio consideró viable su victoria sobre Rusia. Sin embargo, el conflicto ha sido instrumentalizado como una guerra proxy diseñada por Estados Unidos con el propósito de debilitar estratégicamente a Rusia. Washington apostó a que las sanciones, una revuelta interna, un golpe de Estado o cualquier otra crisis podrían socavar el liderazgo de Vladimir Putin y subordinarlo a sus intereses.

Al mismo tiempo, esta estrategia ha servido para reforzar el dominio estadounidense en Europa, debilitando su autonomía y afianzando su dependencia. Mientras tanto, el impacto económico de la guerra ha acelerado la consolidación de alianzas alternativas, como los BRICS, que desafían la hegemonía financiera occidental representada por instituciones como SWIFT.

La economía global está siendo deliberadamente dividida en esferas de influencia. Estados Unidos, al excluir el suministro energético ruso, busca encerrar a Europa dentro de su propia órbita energética, recreando una dinámica similar a la de la Guerra Fría. En este escenario, Rusia, aunque participe en alianzas emergentes como los BRICS, sigue atada al orden global impulsado por los intereses estadounidenses. Si Rusia normalizara sus relaciones con Europa y asumiera el papel de su principal proveedor energético, la influencia estadounidense se vería gravemente erosionada, poniendo en peligro la cohesión de alianzas como los BRICS.

La verdadera importancia de la reunión en Riad -y de las futuras negociaciones en Arabia Saudita- no radica en la resolución del conflicto ucraniano, sino en la gestión de esta nueva fase de realineamiento económico global. Las negociaciones confrontan dos modelos de poder en competencia. Por un lado, el modelo occidental, donde las políticas estatales han sido subordinadas a los intereses de las finanzas privadas; figuras como Trump no representan intereses nacionales, sino los de una élite transnacional. Por otro lado, líderes como Putin, Xi Jinping y Mohammed bin Salman combinan la autoridad estatal con la ambición económica para avanzar en prioridades nacionales y regionales concretas. Esta lucha es, en esencia, una disputa sobre quién definirá el futuro de la economía global: la hegemonía financiera occidental o los bloques nacionalistas emergentes del Sur Global.

Para cualquier administración estadounidense, incluida la de Trump, el debilitamiento del complejo militar-industrial se ha convertido en el eje central de la preocupación nacionalista. En Riad, las negociaciones giran en torno al futuro de Europa y Oriente Medio. En este último, cuestiones polémicas como Israel y Gaza ocupan un lugar destacado, como lo demuestra la participación de figuras como Steven Witkoff, un magnate inmobiliario convertido en el principal enviado de Trump para Oriente Medio. Su enfoque diplomático, basado en intereses comerciales, refleja un cambio más amplio en la política exterior de Estados Unidos. Su presencia señala la creciente privatización de la diplomacia, en la que las maniobras geopolíticas están determinadas menos por una estrategia institucional coherente y más por intereses transaccionales.

La fusión de los sectores inmobiliario, el clientelismo político y la coerción estratégica revela una lógica en la que la reconstrucción de Gaza no es meramente una cuestión humanitaria o política, sino una oportunidad de inversión—una moneda de cambio dentro de una negociación más amplia que vincula el capital financiero con el poder militar. La estrategia de Trump busca mantener a Europa dependiente de la energía y las armas estadounidenses, al tiempo que fomenta una tensión sostenida entre Rusia y Europa. Sus objetivos incluyen la reducción de los costos energéticos internos, el acceso asegurado a la riqueza mineral de Ucrania, la limitación de los lazos económicos entre Europa y China, e incluso la participación en la reconstrucción de Gaza. A cambio, su red ejerce influencia mediante la imposición o el levantamiento de sanciones, la implementación de políticas comerciales dirigidas contra China y el respaldo militar a Israel, particularmente en su postura frente a Irán.

Mientras tanto, Rusia está decidida a consolidar su control sobre Ucrania, recuperar el acceso a los mercados energéticos europeos y normalizar el comercio para sus empresas. Arabia Saudita y los estados del Golfo, por su parte, priorizan el acceso continuo de Europa a la energía, la preservación de los lazos de Rusia con los BRICS y el establecimiento de un Estado palestino bajo una presencia israelí restringida. También exigen garantías contra la interferencia estadounidense en asuntos regionales como Siria, Irak y Líbano.

Esto choca directamente con Washington, que considera fundamental garantizar la dependencia europea de la energía estadounidense, no solo para mantener a Europa debilitada y controlable, sino también para conservar un punto de apoyo económico y militar. Al mismo tiempo, las corporaciones occidentales buscan asegurar el acceso a los vastos recursos de Ucrania y frenar cualquier intento de Europa por reorientar sus vínculos comerciales hacia China u otras regiones.

En términos prácticos, el desenlace más probable es un escenario en el que Estados Unidos retire su apoyo directo a Ucrania, mientras Europa proporciona la ayuda mínima necesaria para prolongar indefinidamente el conflicto: una crisis latente que puede ser reactivada cuando sea conveniente. Las sanciones contra Rusia podrían ser relajadas de manera selectiva para beneficiar a las grandes multinacionales, mientras que los precios de la energía se mantendrán dentro de un rango controlado, favoreciendo los intereses corporativos de Arabia Saudita, Rusia y Estados Unidos a expensas de la población común. Europa, a su vez,

quedará cada vez más atada a las estructuras militares y económicas estadounidenses; los fabricantes de armas de Estados Unidos se beneficiarán del aumento en la compra de armamento por parte de Europa, y las industrias seguirán dependiendo del suministro energético estadounidense, bloqueando cualquier transición hacia alternativas rusas o chinas. Aunque los BRICS seguirán expandiéndose, Estados Unidos operará en la sombra para fragmentarlos financieramente, mientras Arabia Saudita equilibra su alineación entre los BRICS y las instituciones financieras occidentales.

En Oriente Medio, los poderes regionales asumirán un mayor control sobre su destino. Arabia Saudita y Egipto están preparados para liderar la reconstrucción y la administración de Gaza, reflejando un cambio más amplio en el que los intereses locales comienzan a imponerse sobre las directrices de Washington. Así, la reunión en Riad no trata tanto de resolver conflictos inmediatos como de redefinir la gestión global para las próximas décadas. Señala una reconfiguración interna entre las élites globales, una disputa sobre las estructuras de poder financiero en la que las crisis se perpetúan como herramientas de ganancia estratégica, incluso mientras la influencia global de Estados Unidos sigue erosionándose.

La afirmación de que los aranceles pueden “hacer que América vuelva a ser grande” se basa en un marco industrial obsoleto. La economía estadounidense actual no es una potencia productiva, sino un sistema financierizado que opera sobre la extracción de riqueza en lugar de la producción. Si bien en el pasado los aranceles protegían la manufactura nacional, hoy sólo elevan los costos para los consumidores sin restaurar la capacidad industrial. La política arancelaria de Trump, basada en la premisa de que la competencia extranjera ha devastado la industria estadounidense, ignora el hecho de que el desmantelamiento de la producción interna fue impulsado por la especulación financiera y la deslocalización promovida por Wall Street. Lejos de generar empleo, los aranceles solo fomentan la automatización, trasladan aún más las cadenas de suministro al extranjero y agravan la desigualdad económica al aumentar la carga de deuda sobre los hogares. Además, estas políticas aceleran el repliegue global del dólar, ya que las principales economías desarrollan mecanismos de comercio alternativos basados en sus propias monedas, plataformas digitales o estándares de materias primas.

En última instancia, la estrategia arancelaria de Trump no restaurará la industria estadounidense; más bien, profundizará la fragilidad económica del país. Estados Unidos ya no es una potencia industrial soberana, sino un imperio financiero dominado por intereses rentistas que dependen de la extracción de riqueza. Una verdadera recuperación económica exigiría desmantelar este sistema: romper monopolios, restringir la especulación, limitar la recompra de acciones corporativas y redirigir el capital hacia la inversión productiva. Sin embargo, en lugar de fomentar la producción real, los aranceles funcionan como una distracción política, una herramienta para apaciguar a una clase trabajadora marginada mientras las élites transnacionales perpetúan una economía extractiva. Estas políticas no buscan revertir el declive de Estados Unidos, sino acelerarlo, garantizando que el colapso inevitable sea atribuido a factores externos en lugar de al propio sistema.

Muchos análisis sobre la reunión en Riad y las tendencias geopolíticas más amplias padecen de sesgos ideológicos y un entendimiento obsoleto del poder estatal. Los enfoques

tradicionales de competencia entre grandes potencias ignoran el papel decisivo de los actores financieros transnacionales, cuyo poder supera al de los propios Estados. Tanto Estados Unidos como Europa han quedado subordinados a los intereses del sector privado, un hecho que el análisis geopolítico convencional rara vez reconoce. Además, aceptar el discurso político al pie de la letra oscurece los verdaderos objetivos de políticas diseñadas para beneficiar a las élites corporativas y financieras a expensas del público. Reconocer estas dinámicas es esencial para comprender el reordenamiento global en curso y el desmantelamiento sistemático de la hegemonía económica estadounidense.